



Andes

ISSN: 0327-1676

saramata@unsa.edu.ar

Universidad Nacional de Salta
Argentina

Glave, Luis Miguel
Un héroe fragmentado. El cura muñecas y la historiografía andina
Andes, núm. 13, 2002, p. 0
Universidad Nacional de Salta
Salta, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12701303>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

UN HÉROE FRAGMENTADO

El cura Muñecas y la historiografía andina

Luis Miguel Glave *

Una de las características de las historiografías de discurso nacionalista ha sido canonizar héroes. Sucede sin embargo que algunos, muchos más de los que podemos imaginar, trascendieron las fronteras autoimpuestas por el discurso canonizador de iconos “propios”. Las dimensiones biográficas de Ildefonso Escolástico de las Muñecas dan una muestra de este curioso descuartizamiento incruento al que ha sido sometida la historia del pueblo americano. Protagonista de la lucha popular en la búsqueda de la emancipación y la justicia, su figura pertenece a varios de los países que surgieron diversos de ese mismo proceso. Por eso, cada uno ha fracturado al héroe de manera que lo incorporó en tanto estuvo involucrado en algún acontecimiento que se supone nacional, desconociendo la unidad de la biografía del personaje.

Los nacimientos y las fechas nacionales

Un prolijo analista de la bibliografía latinoamericana sobre la emancipación, David Bushnell, introdujo un comentario en el volumen de 1960 del *Handbook of Latin American Studies* dedicado a la generada por el sesquicentenario de la independencia en sudamérica. Perspicaz, señaló cómo desde Caracas y Buenos Aires se produjo una ingente bibliografía sobre los *gritos libertarios* que iniciaron el proceso continental en 1810. Sin embargo, en Bolivia como en Ecuador, no hubo ningún interés por ese año, visto que ellos han fechado sus “nacimientos nacionales” en los abortados movimientos de 1809 en Quito (1809-1812) y La Plata y La Paz¹. Con los aniversarios más saltantes, la vieja manera de canonizar una memoria nacional se renueva, las más de las veces sin aportar más que las viejas ideas a tono con las visciditudes de la vida contemporánea de los pueblos. En el Perú, el sesquicentenario se fechó en 1821 y hubo que esperar un tiempo más para la andanada de publicaciones que analizaremos más adelante.

Bolivia no ha desarrollado una historiografía revisionista al respecto sino muy recientemente, en el marco de la polémica sobre la participación popular en la independencia y en la rivalidad regional entre La Paz y La Plata o Chuquisaca, hoy llamada Sucre². Los historiadores bolivianos han dado a los líderes de 1809 el carácter de los revolucionarios de 1950 y no fue extraño que al rescoldo de sus épicos movimientos populares de esa fecha, se produjera lo mejor de su publicación documental y sus más floridos y encendidos ensayos.

Mientras, en Ecuador una tendencia revisionista sobre el papel de la nobleza en el movimiento de agosto de 1809 nos habla de la reflexión colectiva sobre las clases sociales y el proyecto nacional en ese país, pero en conjunto, incluso los más modernos estudios han coincidido en señalar que el largo y contradictorio proceso vivido entre 1809 y 1812 mostraba un espíritu de independencia tanto de España³ como del Perú. El proceso ecuatoriano ha merecido algunos trabajos de primer interés por lo atrevido de

* Investigador Asociado del Instituto de Estudios Peruanos, Profesor Visitante de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

sus planteamientos. La situación lo merecía y en muchos aspectos, tuvo puntos de coincidencia con los sucesos cuzqueños que le sucedieron, tanto en lo referente a las formas del movimiento, las demandas o discursos y los propios participantes.

El 10 de agosto de 1809 la historiografía ecuatoriana lo ha marcado como la primera etapa de las luchas de independencia. Golpe cívico militar, dirigido por una élite que buscaba un espacio propio de poder, ayudada por los abogados “ilustrados” y el ejército. El historiador colombiano Alonso Valencia piensa que no buscó la independencia, formó un gobierno que no rompió con Fernando VII. Hasta aquí reafirma la visión crítica, pero su acento revisionista está en la participación popular en los movimientos, que se va ampliando conforme avanzan, luego de deponer al presidente de la Audiencia, Conde Ruiz de Castilla, el mismo que había desempeñado idéntico cargo en la Audiencia cuzqueña previamente⁴.

Pedro Fermín Cevallos, un fundador de la historia ecuatoriana como discurso nacional, es el autor ecuatoriano clásico que canoniza a los nobles “independentistas” quiteños⁵. Dentro de la corriente revisionista y renovadora, Valencia los llama sólo autonomistas. Cevallos es el que da a la *sociedad patriótica*, de raigambre ilustrada, integrada por los criollos encumbrados, el comando y germen del proyecto. La presencia de los criollos, la alianza con los presidentes de Quito previos a la llegada de Ruiz de Castilla, la fuerza de la ilustración, hicieron que la presencia del viejo conde que no tuvo tino en sus alianzas, en la coyuntura que se vivía, fuese desencadenante.

La junta fracasó. Valencia destaca la guerra de ciudades que se desató a continuación. Los sucesos no se detienen sino que en 1810, cuando se pretende liberar a varios detenidos, vuelven los levantamientos, tenidos como una segunda etapa de la independencia. Valencia analiza a los sectores participantes pero deja inconcluso el estudio del sector popular, vacío que va a llenar Pilar Cruz en un trabajo prometedor⁶. En el terreno de la iglesia deja la palabra a Leoncio López-Ocón, aunque discrepa de su planteamiento de una “guerra religiosa”, tesis que adelantaron Demelás y Saint-Geours en un libro que despertó sana polémica en la historiografía andinista⁷. La tesis de Leoncio López-Ocón merecería un comentario detenido pues pone el acento exclusivo en el carácter supuestamente religioso del comando y de los contenidos revolucionarios⁸. Dice Valencia que los curas y frailes participan como miembros de la élite más que como expresión corporativa y que la religión no explica la participación popular. Estos investigadores, gracias a un informe que publicó López-Ocón, pueden contabilizar a los religiosos y sacar porcentajes de los que eran “realistas” y los que eran “insurgentes”, curioso lenguaje que sin embargo puede esconder una visión parcial.

El caso ecuatoriano ofrece pues muchas posibilidades de análisis pero fijemos ahora cómo, la afirmación nacional por contraposición con los vecinos ha sido una marca importante en el desarrollo de los discursos nacionales americanos, que se singularizaron respecto de un mismo tronco cultural. No fue distinto lo que hicieron los bolivianos respecto a los porteños en el largo periodo de guerra vivido entre 1811 y 1816 en el altiplano: los nonatos bolivianos, entonces charqueños o poco felizmente definidos altoperuanos, habrían luchado por la independencia tanto de España como de Argentina. Jaime E. Rodríguez muestra que los ejércitos porteños en la zona altoperuana cumplieron el papel de fuerzas invasoras⁹. Primero Castelli, que aunque se cuidó de darles representación a los indios en el movimiento, fue arbitrario y violento en 1811. Fue derrotado por Goyeneche en Huaqui en 20 de junio de 1811. Luego los realistas

quisieron llegar a Tucumán pero fueron derrotados en Salta el 20 de febrero de 1813 por Belgrano que llegó luego a Potosí en 1813. Fue un poco más ordenado en su gobierno pero Pezuela lo derrotó y persiguió. Lo siguió Rondeau en 1815 pero fue derrotado nuevamente por Pezuela en Sipe Sipe. Las tres “invasiones” porteñas liquidaron la posibilidad de unir el territorio charqueño con el virreinato del Río de la Plata. En lugar de eso se manifestaron una serie de autonomías que desde Sipe Sipe mantuvieron en alto la lucha contra el absolutismo, en nombre desde luego del poder local que obtuvieron, fueron las *republiquetas*. Pareciera que actuaron oportunistas como lo subraya el estudio de caudillos que hizo Lynch que hace un bosquejo de esos persistentes jefes rebeldes que terminaron queriendo la independencia, pero no la nacional sino la de liberarse del control de España primero y Argentina después, es decir un argumento *nacional* similar al de los quiteños¹⁰. Las *republiquetas* no tienen en estos autores una buena prensa, son amorfas, impredecibles. Finalmente, Rodríguez, que conoce la literatura peruana, no puso un acápite sobre Cuzco en 1814 y aunque Lynch, dentro de lo que denomina la *revolución ambigua* en el Perú, lo menciona y llama al movimiento cuzqueño “la rebelión de Pumacahua”, lo que desde el nombre merece ser observado por sumamente incompleto, no le da más importancia que a los otros movimientos andinos. Termina señalando que los criollos temieron a los indios y no se concretó nada¹¹. En resumen, cada país postcolonial fue haciendo una parcela de su propia emancipación en medio de la compleja indefinición que pareció emerger de los fracasados movimientos de inicios del siglo XIX.

Aunque buscando parcelar cada “propia historia” del conjunto, en “la guerra civil en América”, Rodríguez señala como todos los historiadores han considerado en las más diversas latitudes que los movimientos que se desarrollaron en nombre del rey fueron una pantalla de la meta verdadera que era la independencia¹². Así, un común denominador parece emerger de las reflexiones previamente diferenciadas. La historiografía peruana no se distingue de las de otros países, nació nacional. Hubo de definir una nación y dotarla de memoria. Resulta curioso entonces recordar aquellas partes de la memoria que no han tenido tanta suerte como otras. La revolución del Cuzco de 1814 es una de ellas. Fue la más importante movilización político cultural en pos de la formación nacional peruana, pero no ha sido canonizada como tal, acomodándose en el rubro de *precursores*. Por supuesto, han sido los intelectuales cuzqueños los que devotamente se han dedicado a escudriñar papeles y canonizar héroes y sucesos. Si tuviésemos que comparar en envergadura, proyección y textura cultural los movimientos de Quito y La Paz en 1809 con el de Cuzco que los sucedió en 1814, no quedaría la menor duda respecto a la superioridad indiscutible de los sucesos y los actores de la movilización cuzqueña que se extendió hasta Ayacucho al norte y La Paz al sur. No se trata de una competencia por la primacía, todos estos movimientos siguen siendo tierra fértil para pensar la historia del pueblo andino y de los estados nacionales que se crearon. Sin embargo, mientras las historiografías nacionales de Bolivia y Ecuador, se han encargado de fechar su nacimiento nacional en esas revoluciones fallidas de 1809, los peruanos han preferido tomar el inicio del proceso emancipador de 1821-24 como su *fecha patria*.

Es de considerar la importancia que en la reflexión boliviana ha tenido el movimiento de 1809, primero en Chuquisaca y luego en La Paz. Es la partida de nacimiento de la posterior construcción de la identidad nacional boliviana, de su singularidad como estado dentro de lo nacional andino¹³. Sin embargo, 1809 impactó en el sur peruano actual y 1814 en la Bolivia actual, no digamos de manera interactiva

como ahora pudiéramos imaginar sino que fueron un mismo proceso, incluso habiendo pasado Charcas a depender del nuevo virreinato del Plata¹⁴. Por eso, algunas de las colecciones documentales que han sido publicadas en Bolivia, contienen importantes aportes a la documentación del proceso de 1814¹⁵. Especial interés tiene la transcripción del expediente que refiere la intervención Cuzqueña en La Paz en 1814¹⁶. Relatos de las acciones, participación de Juan Manuel Pinelo, Muñecas y Ramón Echenique como jefes. Pinelo intervino pidiendo la remoción del provisor del obispado y el nombramiento del cura de Huancané, Mariano Aperregui. Todo figura en el expediente del Obispo La Santa y Ortega¹⁷.

Posteriormente, una nueva comisión, esta vez del ejército peruano, hizo una historia de las armas, incluyendo unos tomos con estudios y resúmenes referidos a la revolución de 1814. No se trató sino de recopilaciones y puestas al día para difusión. Pero algunas páginas, logradas de la lectura pormenorizada de la documentación publicada por la *Colección documental*, tienen mucha utilidad¹⁸.

Las trampas de la historia nacional

Viene entonces a propósito lo que Marcel Detienne, en *Comparar lo incomparable* llama en un capítulo de su ensayo: “el acné de la nación”. Allí nos señala que fue en Alemania y Francia donde se forjó la historia como una ciencia del pasado en sí mismo: “El pasado es ante todo, nacional” nos dice. La revolución francesa se afirmó como el origen histórico de una nueva humanidad, “la nación revolucionaria había reconquistado su pasado, se pensaba en la historia, en la historia que hace y en la que pretende hacer en la forma “nacional”, considerada como la plenitud de toda sociedad civilizada...“la historia nació nacional”¹⁹. Mientras, la antropología fue comparativa por naturaleza. Desde allí Detienne aboga por la comparación. Refiere una anécdota de J. Elliot que propuso hacer comparación europea, al final se permitía “comparar lo comparable”, dos o tres grandes naciones. Los grandes renovadores franceses hicieron lo mismo, el último libro de Lucien Febvre fue sobre el surgimiento de la idea de *patria*. Braudel escribió sobre la identidad de Francia también. “El principal obstáculo para el ejercicio comparatista se halla en el hecho nacional, en la *consistencia del hecho nacional*, como escribía François Furet, que separa de forma tan duradera la historia de la etnología”. Efectivamente, cita un texto de Furet que destaca ese hecho nacional como determinante en el surgimiento de la historia como saber y que se puso como barrera entre ella y la etnología. Es contradictorio que le lleven flores a Braudel los “nacionales”, que no muestran interés por la comparación, al “mártir” de la historia comparada. Es lo que propuso Bloch, a quien con polémica ironía nuestro autor llama “san Marc Bloch”.

Las historias nacionales se repitieron en América. No se vieron los personajes más allá de fronteras inventadas, luego de que estos murieron por la *patria* sin ponerle los nombres que luego los vencedores se inventaron. El tucumano (no digamos argentino todavía) Ildefonso de las Muñecas, líder de la revolución cuzqueña y de una republiqueta en la lucha posterior en los yungas de La Paz, no tiene la prensa que merece en el Perú, se le conoce en Bolivia por lo que en ese territorio hizo y se ha santificado patrióticamente en la tierra que lo vio nacer y donde no tuvo oportunidad de expresar su partido por la revolución. Así, a pesar de las declaraciones hemos vivido de espaldas unos a otros esforzándonos por singularizar lo que se pudo pluralizar,

parcelando el conocimiento histórico como se parceló la realidad para formar unas nuevas, encarnadas en países de flamantes estados nacionales. Mientras la verdadera frontera de unos y otros estaba dentro y no se cambió, se suprimió por decreto o por discurso ideológico, era la ruptura entre indios y no indios, la multiculturalidad que pervivió como fruto de los siglos de dominio colonial jerarquizado.

Por la ruta de las ideas: Ildefonso de las Muñecas

Las revoluciones expresan situaciones límite, en las que el arrojo o determinación de algunos personajes pueden catalizar situaciones sociales largamente acunadas. Es lo que vino a ocurrir el 3 de agosto de 1814. Desde décadas antes, el Cuzco vio crecer las expectativas de nuevos grupos sociales y económicos, peculiarmente amparados en los cargos públicos y eclesiásticos, diferenciados de las oligarquías que habían controlado la ciudad y manejado fortunas muy grandes en las épocas de esplendor. El cambio político general, la tensión nacional con la metrópoli y las formas autoritarias de mando, vinieron a enfrentar esas expectativas. La vieja oligarquía, aliada de los funcionarios españoles que se instalaban en su seno como agentes del autoritarismo, formó un frente que era constantemente acosado por las pretensiones y protestas de los nuevos burgueses urbanos y los comerciantes de mediana fortuna. Los nuevos comerciantes españoles que llegaron por la ruta del Río de la Plata, con redes establecidas en el norte español, trajeron con ellos nuevas posibilidades de organizar el flujo mercantil pero también de cubrirlo con otras formas de interpretar el mundo a través de las luces de la razón. La coyuntura de la invasión francesa, las Cortes, la Constitución y los alzamientos del sur, dio el marco adecuado para que la iniciativa revolucionaria cuajara en una ciudad desconcertada.

Personaje singular en el alzamiento cuzqueño, dejó su huella en todo el surandino, sin embargo en vano hemos procurado encontrar referencias sobre la infancia y juventud de Ildefonso de las Muñecas. La razón por la que terminó en Cuzco resulta un misterio en la bibliografía peruana. Incluso, hemos pensado que podía tratarse de alguien que, como muchos, llegara a la ciudad a estudiar en el seminario y universidad. Hubimos de averiguar muy superficialmente algo en las enciclopedias o compendios biográficos argentinos, habida cuenta que se trata de un tucumano de nacimiento cuyo recuerdo heroico ha dejado impronta en nombres de calles y monumentos. Efectivamente, llenas de imaginación y confusión, los datos sobre el personaje se encuentran allí. No se explica entonces por qué no se transfieren, por lo menos en su forma impresionista, a los discursos “patriotas” peruanos o bolivianos, en donde sólo cual héroe aparece a partir de su participación revolucionaria sin explicarse la raíz de esa actitud²⁰.

Según estas biografías, Muñecas nació en Tucumán en 1776 ó 1778 –no se ha hallado la partida de nacimiento- hijo de Juan José de las Muñecas, de origen vizcaíno, de “ilustre estirpe” –su antepasado Juan Antonio de las Muñecas probó su hidalguía y su apellido provenía de un barrio de Sopuerta, partido de Valmaseda en Vizcaya- y de Elena María de Alurralde, criolla tucumana de familia de origen vasco. Perdió a su padre a los siete años y la madre se casó por segunda vez enviando a estudiar en Córdoba a los hijos, obteniendo Ildefonso el doctorado en la Universidad de San Carlos en 1798, se ordenó sacerdote. Se dice que el cura viajó a España y tal vez a algún otro lugar de Europa pero no sabemos las fechas, pero si fue así debió ser después de su

graduación. Regresó a su tierra natal donde se dedicó a recoger limosnas para edificar un templo dedicado irónicamente –para alguien que más bien quiso apurarlo todo atolondradamente- al *Señor de la Paciencia*. Pasó al Alto Perú con San Clemente, probablemente como parte de los allegados al personaje. Una biografía lo hace su capellán. Muñoz de San Clemente, presentado por Presidente de Charcas en esas biografías, en realidad fue Presidente de Cuzco, nombrado en 1804, llegó en 1806, enfermado pronto (lo que no suena extraño en un hombre de mar, que ascendió de grado marino en su estancia de jefe de esas sierras tan distantes a su medio) hasta su muerte en 1809²¹.

Algunas biografías registran al cura Muñecas también como un agitador en el suceso revolucionario paceño de 1809, pero no fue posible pues se encontraba en Cuzco²². Sin embargo, en La Paz fue activo participante el cura de Sica Sica José Antonio Medina, compañero de estudios de Muñecas y comprovinciano suyo como Bernardo Monteagudo, que estudió las primeras letras con Medina; y su hermano Juan Manuel Muñecas tuvo peculiar participación en toda la vida política de la ciudad del altiplano entre esa fecha hasta 1814, cuando ya Ildefonso estaba como jefe revolucionario tomando la ciudad²³. La bibliografía peruana se ha encargado de registrar su participación en la revolución de 1814, obviando toda la trayectoria previa.

Lo cierto es que apoyado por la más alta autoridad de la Audiencia, Muñecas obtuvo una posición muy apetecible, cura del Sagrario, parroquia de españoles de la catedral de Cuzco. Fue como tal que Ildefonso Escolástico de las Muñecas, bautizó a Manuel Benito Francisco de Paula, hijo de Fermín Piérola y Tadea de la Cámara, oficiando de madrina, Eulalia Cámara, mujer de Pedro Antonio Cernadas²⁴. Entonces debió tener claro quiénes eran los que dominaban esa ciudad a la que había llegado desde su lejana tierra tucumana. Esa familia y sus ramificaciones era la que sustentaba la línea absolutista en la vieja ciudad de los incas, jaqueados por nuevos actores políticos que desde el advenimiento de las corrientes liberales y constitucionalistas, encontraron un asidero para disputarles un control arcaico de las riendas de una región que se veía perjudicada por las guerras y el estancamiento general de la economía.

Pedro Cernadas era un gallego afincado en Cuzco por décadas y su Oidor decano. Como tal acusaba al notario Agustín Chacón y Becerra y su hijo Mariano de traidores al Rey. Con esa familia cuzqueña de vieja estirpe y vínculos con las familias de sangre inca, estaban aliados los abogados Agustín Rosel -a su vez acusado de traidor por el presidente Goyeneche- y Rafael Arellano, que era el personaje que más temor infundía en el partido realista. Estos personajes fueron los que acogieron a Manuel Vidaurre cuando llegó a Cuzco como nuevo oidor.

Ellos fueron los acusadores del supuesto ilícito matrimonio de Cernadas, con la colaboración decidida del cura Ildefonso de las Muñecas²⁵. Muñecas se sumó a las denuncias contra Cernadas porque éste lo empapeló por un confuso incidente de saludo callejero, lo llamaba de ex Oidor y trajo a colación lo ilícito de su boda con Eulalia de la Cámara, que él denunció²⁶.

Muñecas fue duro en su ataque a Cernadas, lo acusaba de concubinato con Eulalia, “adulterino” ya que estaba viva su mujer “que hartó tuvo que sentir” cuando empezó esa otra relación, e “incestuoso” porque la trataba siempre de comadre de “donde resulta el parentesco espiritual”. Por eso Muñecas decía que en realidad, como

ya se le había acusado (por parte de Rosel y Arellano por un lado y de Vidaurre de otro) Cernadas era un “ex oidor”, así que qué pleitesía pretendía cuando se le enfrentó en un cruce callejero cuando más bien él se la debía por ser sacerdote, a quienes había que honrar²⁷.

En 1812, Muñecas elaboró un largo escrito denunciando a Cernadas por abrirle juicio por un encuentro callejero. Señalaba que ese comportamiento abusivo se debía a que se negó a darle una partida de nacimiento del hijo de su mujer alterando la fecha y por denunciar la incorrección de su conducta con su entonces mujer²⁸. No contento con eso, Ildefonso Escolástico de las Muñecas, declaraba que estando el día 26 de mayo por la mañana “yendo por la calle arriba conocida por la del Marqués de Valle Umbroso en la misma que mora actualmente el señor don Pedro Antonio Cernadas...” que salía en ese momento con otros sujetos, él, al pasar, “por pura urbanidad”, se tocó el sombrero a lo que el gallego le gritó “quite y ese sombrero”. El cura Muñecas se dio vuelta por curiosidad y descubrió que era a él a quien gritaba y siguiéndolo a la vez que le insultaba le insistía se quitase el sombrero. Muñecas le replicó entonces: “-no quiero hacerlo, quítese usted el suyo pues no le cuesta más dinero que el mío”. Siguió así el intercambio verbal según lo hizo asentar en escritura el cura²⁹.

Como Cernadas era “locuaz y capcioso”, acostumbrado a sorprender con “relaciones supositivas” a las autoridades, Muñecas, para que no fuese a sorprender a su obispo y a otros, declaró esto por escrito y dio poder a los procuradores de número de la corte, Pablo del Mar y Tapia, Pedro Núñez Gayoso, Pedro Bueno y Juan Clemente Jordán para que lo representen. Si, por temor a sufrir la prepotencia del Oidor decano, no lo aceptasen estos procuradores, casi con sorna, la escritura terminaba invocando a “cualquier alma caritativa que por hacerle bien lo represente”. Lo firmó en la hacienda Puquín, Parroquia del Hospital de Naturales del Cuzco.

Podría pasar por mero incidente, pero el encuentro con Cernadas, con quien tenía diferencias por el asunto de la partida de bautismo del niño de la mujer y a quien acusó en orquestada campaña, mostraba la crispación que había en la ciudad. Ello no obstante, no se trata de ninguna prueba de las conspiraciones que, ya a la postre, se supo mantenía con los organizadores del alzamiento.

El temor que propagaban el jefe interino de la Audiencia Martín de Concha y Xara y sus allegados en la noche sangrienta de octubre de 1813 era que los posibles sediciosos querían liberar a los presos hechos luego de una previa denuncia de asonada. Varios muertos y la ciudad conmocionada llevaron a los síndicos del ayuntamiento a denunciar por abuso a la Audiencia. Eso es lo pusieron públicamente los entonces síndicos Arellano y Sotomayor. Concha estaba asociado con Cernadas -ellos además eran parientes por sus matrimonios con las hermanas Cámara- en la acusación y detención de Arellano. Los de este bando constitucional mencionaban constantemente el parentesco de las autoridades de la Audiencia y Cernadas era manifiestamente su enemigo pues fue Arellano, con otros, los que lo denunciaron por su casamiento ilegal con la señora Cámara y el que defendió al cura Muñecas en el enfrentamiento que tuvo con Cernadas. Muñecas afirmó, entre otras cosas, que Cernadas le pidió una partida falsa de bautismo de su entenado a lo que se negó. Aunque estos abogados constitucionales tuvieron divergencias con Vidaurre, Arellano escribía que el limeño oidor a pesar de no serle adicto, “detesta la sorpresa y desaforamiento “ con que fue llamado a Lima para detenerlo³⁰.

Muñecas estaba pues involucrado abiertamente en este juego de enfrentamientos que devendría en un escenario revolucionario. No era el revolucionario en ciernes alguien sin recursos ni ajeno a las preocupaciones mercantiles de los habitantes de la ciudad. El 23 de diciembre de 1813 intentó arrendar la hacienda de la Zarzuela, en la parroquia de Belén, por 400 pesos anuales y nueve años, seis forzosos. Al final del protocolo dice que la escritura no corre, ya las cosas se precipitaron como sabemos³¹. Esas son las referencias cuzqueñas de quien al poco tiempo, cual guerrero redomado, se pusiera frente a las tropas que invadieron La Paz, asolaron el altiplano y pusieron para las armas revolucionarias los primeros y efímeros triunfos.

La siguiente etapa del revolucionario fue su andadura por el altiplano y los valles bajos de La paz, como caudillo guerrillero. Una amplia gama de acciones que mantuvieron viva la llama del alzamiento en el universo rural de Puno por varios meses. Paralelamente un espacio particular de redes de acción política entre los valles y el altiplano que la historiografía boliviana ha llamado las republiquetas. Muñecas estuvo en contacto con los jefes de Buenos Aires como lo muestran los partes que publicó la *Gaceta* de Buenos Aires a fines de 1815 e inicios del año siguiente³². Difunde a su vez proclamas de Arenales en Puno, Cuzco y Arequipa en agosto de 1815. A principios de 1816 todavía gana escaramuzas militares en la orilla oriental del Titicaca donde se había hecho fuerte, pero Gamarra lo derrota a fines de febrero sin capturarlo. Sólo una delación lo hace caer prisionero en abril y trasladado a Lima es asesinado aparentemente en un despoblado de Tiahuanaco el 16 de mayo de 1816.

La historiografía local del norte argentino ha recogido la figura mítica y heroica del cura de los diccionarios y los nombres de calles –y de una provincia en Bolivia- para darnos por fin una ubicación socio cultural del futuro actor de la lucha revolucionaria surandina³³. Muestra las vinculaciones de la familia de Muñecas. Hijo de un comerciante vasco, queda huérfano temprano y su madre se casa con otro peninsular comerciante, José Ignacio de Garmendia, quien debe haber proveído de los vínculos necesario al hijastro para sus estudios y su final migración a Cuzco.

José Ildefonso Escolástico fue hijo de Juan José de las Muñecas, comerciante vasco, casado con María Elena de Arruralde, hija de una familia de antiguos

encomenderos, hacendados y comerciantes locales –cuyo apellido denota un origen vasco- con la que se vinculó el peninsular por este matrimonio. Los españoles comerciantes fueron los más poderosos en esa red de relaciones económico familiares, pero para ello debieron vincularse con las familias locales. El futuro cura cuzqueño quedó huérfano muy temprano y su madre, que se desempeñó activa en el comercio, la especulación con préstamos y la enajenación de propiedades, volvió a casarse con otro comerciante español, José Ignacio de Garmendia, tal vez el más importante de los mercaderes españoles que se afincaron en Tucumán³⁴. La red se mantenía, una hermana de Ildefonso, María de los Angeles, casó con otro comerciante español, Manuel Mori. Y el padre no llegó solo al Tucumán sino que lo hizo acompañado de un pariente, José Melchor, también casado allí con Catalina Aráoz.

Otro tucumano con el que debió tener algún vínculo el futuro revolucionario fue Bernardo de Monteagudo. Nacido en 1789, también fue hijo de un comerciante peninsular, Miguel Monteagudo y una tucumana Catalina Cáceres. Pasa a Chuquisaca a sus estudios y participa decididamente en los sucesos de mayo de 1809.

La llegada de mercaderes del país vasco a fines del siglo XVIII estuvo influida por los cambios en el régimen de monopolio que se experimentaron y la apertura de Cádiz como puerto de salida de España. Junto con los productos y los comerciantes, las ideas nuevas se filtraron por los puertos y en las venas del tráfico mercantil de los pueblos. Fue como un nuevo movimiento de conquista, en vez de cruces libros, en vez de oro y botín, mercancías y dinero. El movimiento atlántico de comercio en la América del Sur fue también uno de migraciones que cambiaron la red de poderes locales en los espacios interiores del virreinato del Plata. Hubo además un trasiego de ideas liberales que llegaron con los nuevos mercaderes dispuestos a dominar esos espacios de promisión.

Así lo muestra un seguimiento de la influencia del vasco Valentín de Foronda³⁵. Intelectual liberal, Foronda escribe en *El espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* entre 1789 y 1794, varias cartas sobre economía política que luego se publicaron como libro. Ambas ediciones, la de los periódicos y las cartas, circularon en América. El periódico tenía 70 suscripciones registradas en el continente americano, pero debieron ser más. El periodista Juan Hipólito Vieytes lo tenía, como el comerciante bilbaíno y regidor de la ciudad de Buenos Aires Juan Bautista de Ituarte. Así, una cascada de influencia de la ilustración se irradiaba desde el atlántico portada por comerciantes vascos con los que sin duda estuvieron vinculados los de Tucumán y el Alto Perú. La Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País, de cuyo cosmopolitismo e ilustración se tiene referencia en su influencia sobre México, Caracas y el propio Buenos Aires, influía en el comercio y en la difusión de otras perspectivas de sensibilidad política³⁶. No está hecho un estudio que nos muestre si Garmendia, Muñecas y los otros vascos de Tucumán tenían que ver con este movimiento económico e ideológico, pero no tendrían porqué escapar al formato que se daba en otras zonas atlánticas. Incluso, la entrada al Alto Perú, al Cuzco y Arequipa ya no se hacía por el Pacífico, por Paita y Lima como era tradicional, sino por el Atlántico. Goyeneche –que también era hijo de vasco³⁷- entró por Buenos Aires, lo mismo que el presidente de Cuzco, San Clemente, que se llevó a Muñecas consigo a la ciudad andina. En el paso, los vínculos comerciales, culturales y políticos fueron muy grandes. Aunque ya no era la tierra de explosiva riqueza, no había todavía otra fuerza económica mayor que la minería altoperuana y el comercio atado a ella y su entorno indio y mestizo. Por eso los

migrados comerciantes españoles, peculiarmente del norte de la península, vascos y gallegos, se establecían en estas ciudades de dinamismo reciente y miraban al noroeste. Primero comerciantes y luego funcionarios públicos, curas y doctores, se instalaron desde los países vascos y Galicia en el Alto Perú y el surandino.

Esa fue la ruta de las ideas y las actitudes que llegaron con la ilustración, los productos de Europa para comerciar y los hombres que irían a cambiar las redes de poder del norte argentino en su engranaje con el Alto Perú. Desde allí pasaron al Cuzco, ciudad con la que los antiguos vínculos mercantiles se mantenían con estos nuevos personajes. En la actual Bolivia, desde La paz, el trasiego de novedad se expandió al altiplano peruano actual con el que era una unidad y a Arequipa, que no podía aislarse nunca de su vínculo estrecho con el altiplano, tanto de Puno como de La Paz.

No fue esa ruta de migración y renovación necesariamente una suma a la revolución. Las contradicciones también se manifestaron entre ellos. Mientras Muñecas expresaba un criollismo radical, otros arribados a Cuzco de origen vasco fueron más bien blanco de las iras de los rebeldes. En la ciudad de los incas, fue don Antonio Zubiaga el capitán de la presencia de estos vascos mercaderes. Asociado a él, Juan Pascual Laza fundó otro linaje cuzqueño que enraizó a estos peninsulares del norte en la ciudad y su sociedad. No la pasaron bien durante la revolución. Zubiaga dejó la ciudad y terminó regresando a España, pero la hija, Francisca, sería luego mujer del general de la independencia, Agustín Gamarra y a través de él, presidenta y *mariscala* del Perú. Mientras que Laza, a quien Chacón y Becerra tenía por pariente político, se escondió, salvo la vida y se mantuvo en el centro de las actividades mercantiles convertido en uno de los más ricos e influyentes cuzqueños del inicio republicano.

Como un fantasma que recorre el altiplano

La alteración que vivió el surandino entre 1809 y la definitiva independencia tuvo una activa participación popular. No sólo las ciudades fueron escenario de alteraciones políticas, el campo estuvo constantemente movilizado, al punto que se puede afirmar de que efectivamente se trató de un movimiento andino y popular. En apoyo a la visión andina de la rebelión tenemos el caso de las llamadas *republiquetas* que siguieron a las movilizaciones insurgentes de La Paz en 1809-1811 y la de Cuzco y el sur andino en 1814-1815. Proceso que movilizó a los indígenas en contra de las autoridades, en movimientos espontáneos y masivos pero a la vez descoordinados. Fueron parte de la coyuntura rebelde pero independientes de la jefatura revolucionaria, a la manera de círculos a veces concéntricos y otras veces como líneas paralelas, producidas por las mismas circunstancias pero sin dirección similar, como ocurrió con las revoluciones tupamaristas de 1780. En ese estado de conmoción popular, que dio origen a montoneras, guerrillas o republiquetas, los indios participaron masivamente en el altiplano, en Cochabamba y los valles. A veces como masa distractora, otras como vigías, otras como fuerza auxiliar, comunicadores y finalmente como cargadores y combatientes, incluso en los comandos de mestizos y cuadros urbanos. De todas maneras, sea porque lo declaraban para dar más fuerza a su liderazgo o porque las redes políticas efectivamente se difundieron en el campo, los jefes indios tenían vínculos con los rebeldes del cono sur y se articularon con la jefatura revolucionaria que en la zona aymara tenían Pinelo y sobre todo el cura Muñecas.

Ese escenario de alteración rural ya estaba configurado cuando llegaron de Cuzco Pinelo y el cura Muñecas en la expedición revolucionaria sobre el Collao, pasando por Puno y tomando La Paz el 24 de setiembre de 1814. “Los cholos de la ciudad y sus suburbios” eliminaron a 52 europeos y 16 criollos americanos, entre los cuales el propio gobernador intendente, Marqués de Valde Hoyos, hombre conservador que había sido rechazado por el pueblo cuzqueño como posible intendente poco antes del estallido revolucionario. Luego de derrotados los revolucionarios en Umachiri, Muñecas se refugió en los valles y formó la republiqueta de Larecaja, con tres mil hombres alzados, la mayor parte indígenas, entre 1815 y 1816. Antes, un líder indio, Alejo Condori, fue comisionado por Pinelo en la Paz para ir sobre los valles levantando a los indios para plegarse a “la patria” y no pagaran los tributos que habían sido repuestos. Paralelamente, en otros lugares, se formaron núcleos similares como los que jefaturaron los esposos Padilla, Manuel Inocencio y Juana Azurduy y el escribano José Manuel de Cázerez en La Laguna y José Camargo en Cinti³⁸.

En 1815, luego de haber conquistado nuevamente la ciudad rebelde, el ejército realista al mando de Gonzalez salió del Cuzco hacia el altiplano puneño donde el cura Muñecas seguía comandando tropas rebeldes. En el camino, en las provincias altas, los indios se le enfrentaron militarmente, incluso en un alzamiento que tuvo un líder local llamado Anselmo Andía que desde Canas partió hacia Chumbivilcas. Primero en la rivera del Urubamba, en las alturas del Sau Sau, se enfrentaron las huestes de rebeldes y realistas, muriendo 110 indios en la batalla final y ahogados en el río más de 40. Luego, en un enfrentamiento que recuerda las batallas rituales de Tocto, en el mismo emplazamiento, Gonzalez derrotó a Andía y persiguió a los rebeldes hasta Livitaca, ufanándose ante el virrey de haber dejado regados en seis leguas 700 cadáveres “en castigo de su obstinación”³⁹. La represión contra ellos fue igualmente violenta. Casi todos murieron en combate o desgastados. Camargo fue derrotado en Cinti donde se ejecutó a casi un millar de combatientes. El 22 de abril de 1816 fue derrotado Muñecas nada menos que por el entonces jefe realista Agustín Gamarra. Enviado preso para su juzgamiento, fue asesinado cerca del desaguadero el 8 de mayo de 1816⁴⁰.

Las acciones rebeldes en las que se vio envuelto Muñecas fueron las más masivas, rurales y violentas. Puno fue escenario de inclementes acciones del ejército rebelde que salió casi de inmediato de la revolución del Cuzco para extenderse hacia La Paz. Según Vargas Ugarte, se produjeron cruentas ejecuciones en el paso de Pinelo y Muñecas, pero por acción de la propia población local. Como lo colaciona Vargas Ugarte de sus documentos, combatientes de todo el altiplano se plegaron a las fuerzas alzadas. El ecónomo de la localidad también huyó a Arequipa, como otros españoles o realistas⁴¹.

Por su parte, cuando Ramírez retomó la ciudad ejecutó al doctor Manuel Villagra, auditor de guerra de Muñecas. Pero cuando el ejército real deja la ciudad, los rebeldes vuelven a agitarla y prácticamente dominarla.

Las cartas del obispo arequipeño Encina muestran que no bien llegó a Moquegua, los rebeldes se hicieron presentes, no de inmediato al parecer sino de a pocos, hasta apoderarse de las armas⁴². Era diciembre de 1814 y la ciudad quedó en poder de los rebeldes: horca amenazante en la plaza, persecución a los españoles, cupos, juramentos a favor de la patria, bendición de la bandera. Viejo asiento aristocrático de terratenientes, aunque venido a menos, era un asiento importante políticamente, otra

ciudad que se sumó al movimiento cuzqueño, aunque fuera de manera efímera. La presencia de Muñecas fue el dato político más saltante, se trataba de las fuerzas que habían salido al altiplano y no de los del ejército de Angulo y Pumacahua. El obispo decía que tuvo cercado al cura tucumano y a pique de caer en poder de sus emisarios. La ciudad ya había tomado el partido del Rey, a partir del 9 de diciembre, sabiendo los triunfos de Ramírez, el obispo reclamaba haber incentivado la contrarrevolución, fenómeno político que desde luego revela que hubo una revolución. No apresaron a Muñecas, pero confiaban en prenderlo en la fuga, de la manera como detuvieron al cura Carlos Jara, cuzqueño plenipotenciario para entrevistarse con los porteños.

Mariano de los Reyes, un comerciante del altiplano con los yungas fue acusado de infidente por haber estado en el ataque a Arequipa. Declaró que lo hizo por la fuerza, a pesar de sus intentos y reclamos por liberarse. A pesar de haber estado entre los alzados en 1814, en enero de 1815 ya estaba nuevamente comerciando cuando fue detenido y se le incautaron los bienes. Sin embargo, José Rufo, autoridad en la provincia, ordenó le devolviesen sus bienes y lo soltasen. Todavía después, en abril, desde Moho, tratándolo de Alcalde Constitucional, Muñecas le escribió pidiendo le mande herreros y fragua, así mismo, que ubique a los desertores de su tropa para que se restituyan a su puesto⁴³.

Reyes, que efectivamente era un comerciante y como tal fue llevado por Pumacahua a Arequipa, fue indispuesto con el comandante Llanos por un rival suyo en los yungas, en Mocomoco, Larecaja, José Santos Morales. Por esa acusación lo detuvieron. En 1816, con la mano tullida por un balazo, que hizo certificar por médico, Reyes hubo de probar su fidelidad y buscar apoyo para no ser condenado. Señalaba que en la campaña de Arequipa procedió en concierto con Manuel Ramón Inga, desde Huancané (él era de Vilque Chico) para ir presionados -sin consentir en las “ideas de la patria”- comprometidos a repartir víveres a los indios de la tropa de los alzados. Por eso estaba ya en enero del año 1815 comerciando. Lo que no resaltaba Reyes en su defensa fue que había sido nombrado alcalde en Vilque por el caudillo alzado Francisco Monroy que hacía de subdelegado. Luego de que se libró de las acusaciones, todavía recibía encargos conminantes de Muñecas en abril de 1815 para que mande herreros y desertores y de otro caudillo, Mariano Gallegos, que escribía con errores que denotan su raigambre india. Gallegos no sólo le mandó esquelas sino que de un ataque suyo Reyes perdió la motricidad de la mano⁴⁴.

No es posible hacer un inventario de los múltiples problemas sociales y políticos que se suscitaron en los pueblos rurales después de la derrota militar de los defensores del “sistema de la patria” en Umachiri en marzo de 1815. Sin embargo, éstos se sucedieron y se mantuvieron esporádicos en todo el surandino. Mientras Muñecas estuvo al frente de sus incursiones guerrilleras desde el oriente del Titicaca, la comunicación parece que fue constante, de manera que los jefes locales actuaban sino coordinados por lo menos informados de los movimientos de los caudillos que seguían a Muñecas. Eso fue un proceso político rural, indio, paralelo al desenvolvimiento de la lucha militar y política por la ciudad y el poder de la Audiencia. En Ocongate por ejemplo, los criollos locales, los recaudadores indios, jefes y autoridades del lugar, se plegaron a la revolución en 1814. Entre ellos estuvo un danzante y comerciante indio llamado Jacinto Layme que a la postre encabezó a los grupos más radicales de los naturales alzados, incluso luego de la derrota del comando revolucionario en 1815.

Cuando todavía mandaban en Cuzco los insurgentes, los rumores de una contrarrevolución que preparaban los mandatarios audienciales recluidos en Paucartambo, vecina provincia a las alturas de Ocongate, llevó a Jacinto Layme y su hijo a organizar a los indios en acciones -no exentas de violencia ritual- contra los criollos locales, entre ellos el alcalde Mariano Dámaso Aparicio, que estuvo involucrado inicialmente en las acciones locales hegemónicas por los patriotas cuzqueños. El mismo Angulo mandó llamar y detuvo a Layme para impedir los enfrentamientos. La contrarrevolución de febrero de 1815 lo halló detenido, pero logró escapar y refugiarse en el Collao. En ese espacio altiplánico, las acciones subversivas de tinte indio y local se mantuvieron y no sería extraño que muchos de los jefes actuaran sin contacto con Muñecas u otro caudillo.

Otro pueblo cercano, Marcapata, tenía agudas contradicciones internas, que llevaron a una explosión popular contra el cura y los criollos, que se desarrolló paralela a la violencia revolucionaria. De la misma manera que en Ocongate, los indios de Marcapata atacaron a los símbolos de su explotación, independientemente y luego de la revolución. Layme se sumó a los jefes de Marcapata y luego sumó a esos indios al ataque contra los criollos de su pueblo. Entre los jefes militares indios estuvo “Huamantapara”, un indio tenido por *principal insurgente* de las fuerzas altiplánicas que capitaneaba Ildefonso de las Muñecas. Es posible que las mismas redes de comercio e intercambio que se notan en las comunicaciones de las alteraciones en la subdelegación de Ocongate, permitieran los contactos a mayor escala entre los revolucionarios que Muñecas articulaba en todo el altiplano hasta La Paz.

La presencia de Muñecas agitando acciones dispersas y violentas después de la derrota es un hecho poco apreciado por la historiografía de la revolución cuzqueña. Lo mismo ocurre con la entrega violenta a una guerra de castas por parte de las poblaciones rurales del sur del Cuzco, que se informaban de una ideología mesiánica y utopista, a la vez que reaccionaban a los síntomas locales de exacciones exacerbadas. Durante la revolución, actuaron como focos locales de apoyo y dieron efectivos para las fuerzas que capitaneaba Pumacahua y otros jefes indios, pero luego actuaron de manera autónoma o dirigida por los restos del ejército que tenían a Muñecas como faro⁴⁵.

Muerto Muñecas y descalabrados los focos guerrilleros en la zona, el altiplano quedó aparentemente “pacificado” en el lenguaje militar de los absolutistas. Pero, al igual que en el Cuzco, tanto la difusión popular de las ideas del cambio, el recuerdo sentido y simbólico de la vertiente romántica de la revolución que vio morir en sus tierras a Melgar y el anciano indio Pumacahua, como la inquietud por los acontecimientos que se sabía ocurrían en el sur, mantuvieron vivas las conspiraciones como la alerta realista y la represión. El altiplano siguió siendo el espacio del trajín de los productos, pero también de los mensajes y de las ideas. Pero era muy pronto para que se formase un núcleo que movilizara a la población y el control de la revolución en el sur lo hacía todavía más lejano. El conjunto cultural se dio un compás de espera. En ese ínterin, se mantuvo la tensión como lo vino a expresar un caso judicial de sedición que se ensañó con unos indios de varios pueblos.

El caso duró un buen tiempo, Bernardino Tapia fue condenado a muerte por la horca y fijación de la cabeza en Azángaro, acusado de alta traición como autor de cuatro pasquines que se publicaron en Azángaro, Chupa, Chacamarca y Santaraco, otros que no se llegaron a pegar y confidencias con los insurgentes, particularmente Ildefonso

Muñecas. Junto con Tapia, como cómplices fueron condenados 15 indios de los pueblos de Azángaro a azotes y distintas penas infamatorias y de trabajos forzados.

No le faltaba razón al fiscal. Sin duda el mundo onírico de Tapia debió ser capaz de alimentar su resistencia y sus andanzas. Lo que no era cierto es que no hubiese recorrido pueblos en campaña y que ésta proviniese de anteriores contactos del reo con Ildefonso de las Muñecas. Por eso incluye en sus andanzas los territorios donde actuó el cura revolucionario, los que la revolución abarcó y los que su pequeña patria azangarina había conocido toda su vida. En sus escritos y en sus prédicas, la imaginación andina se cruzaba con un discurso de la patria y de la licitud del rompimiento con España y los españoles.

El mismo fiscal que no pensaba fuesen peligrosas las alucinadas imágenes que difundía Tapia, pensaba que, “embaucado por Muñecas”, difundía peligrosas propuestas como que los indios no pagasen tributos, ni alcabalas ni donativos, la tríada de las exacciones absolutistas que se sumaban a las económicas como los renovados repartos y otras presiones de tipo colonial. Además, con todo lo alucinadas que le parecían, era irritante la forma como se refería al Rey, los apodos que usaba para referirse a los “europeos y americanos fieles” –que no españoles- (los varios con los que despectivamente se hablaba de los “otros”) y los deseos crueles para con los representantes del poder: jueces y empleados. Todo esto a la postre inclinó a Cernadas, Corvalán y Darcourt, los miembros de la Real Audiencia, por confirmar la draconiana sentencia del conocido autoritario Tadeo Gárate, uno de “los Persas” que acabaron con los liberales de Cádiz en 1814.

Aunque luego ya no encontramos referencias a esta “presencia” del cura Muñecas en los pueblos luego de haberse consolidado el poder del ejército realista, no cabe duda que su recuerdo y su prédica jugaron un papel catalizador que no ha sido suficientemente resaltado por los estudios de la revolución andina. Entre otras tareas, nos queda volver a articular a los personajes y a nuestra historia.

Citas y notas

¹ David Bushnell, “Recent Writtings on the Independence Period of Spanish South America”. *Handbook of Latin American Studies* 24 (1960) una de las muchas entradas que Bushnell ha solido introducir en la publicación bibliográfica norteamericana, indispensables para seguir los debates y la renovación del estudio de la independencia en hispanoamérica.

² Una buena manera de conocer la bibliografía y sobre todo de acercarse vívidamente a una polémica muy boliviana es el libro de Javier Mendoza Pizarro, *La mesa coja. Historia de la proclama de la Junta Tuitiva del 16 de julio de 1809*. La Paz/Sucre: PIEB, 1997.

³³ Christian Büschges, “Entre el antiguo régimen y la modernidad: la nobleza quiteña y la Revolución de Quito, 1809-1812”. *Colonial Latin American Historical Review* 8:2 (Alburquerque, Spring 1999) pp. 133-151.

⁴ Alonso Valencia Llano, “Elites, burocracia, clero y sectores populares en la Independencia Quiteña (1809-1812)”. *Procesos*, Revista Ecuatoriana de Historia 3 (quito, 1992) pp. 55-101.

⁵ Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la historia del Ecuador desde su origen hasta 1845*. Ambato: Editorial Tungurahua, 1972.

⁶ Pilar Cruz, *Mestizaje, estratificación social y poder en Quito, 1780-1815*. Universidad Internacional de Andalucía, Maestría en Historia de América, La Rábida, 2001.

⁷ Marie-Danielle Demelas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia : Religión y política en el Ecuador, 1780-1880*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1988.

⁸ López-Ocón, Leoncio. "El protagonismo del clero en la insurgencia quiteña (1809-1812)". *Revista de Indias* 177 (Madrid,1986) pp. 107-167.

⁹ Jaime E. Rodríguez, *La independencia de la América española*. México D.F.: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 160-161.

¹⁰ John Lynch, *Caudillos en hispanoamérica, 1800-1850*. Madrid: Mapfre, 1993 (Mapfre 1492. América 92 ; 13) pp. 71-77.

¹¹ John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel, 1989

¹² Rodríguez, *La independencia...* p. 132 y ss.

¹³ Gabriel René-Moreno: *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, La Paz: Biblioteca Boliviana, Editorial Renacimiento, 1940. 2 vols. La publicación clásica de la historiografía boliviana. Emilio Fernández: *La revolución del 25 de mayo de 1809 (Recomposición)*. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República, 1975, es un suceso de narraciones.

¹⁴ Un análisis de documentos paceños es muy ejemplar al respecto, ver Florencia de Romero, "Repercusiones de la revolución de La Paz en Puno". En: *Historia y Cultura* 3 (La Paz 1978) pp. 189-208.

¹⁵ *Documentos para la Historia de la Revolución de 1809*, recopilados por Carlos Ponce Sanginés y Raúl Alfonso García. 3 vols. La Paz: Biblioteca Paceña, Alcaldía Municipal, 1954. El primer volumen publica nuevamente la obra completa de Manuel M. Pinto "La Revolución de la Intendencia de La Paz en el Virreinato del Río de La Plata, con la ocurrencia de Chuquisaca", editada por primera vez en 1909, una verdadera historia de la ciudad de La Paz, enfatizando en que la revolución paceña se hallaba desligada del movimiento de Chuquisaca. El volumen II contiene, un trabajo del historiador Ismael Vásquez, "Homenaje a Murillo", réplica a la imagen de Pedro Domingo Murillo que dio Alcides Arguedas. En la segunda parte, el documento del Archivo de la Nación Argentina, de Buenos Aires, sobre el "Proceso instaurado a los gestores de la Revolución de julio de 1809". El volumen III publica trabajos monográficos sobre el levantamiento de La Paz.

¹⁶ Archivo General de Indias, Charcas 585.

¹⁷ Carlos Ponce Sanginés (recopilador). *Documentos...*, Vol IV, La Paz : Biblioteca Paceña. Alcaldía Municipal, 1954.

¹⁸ *Historia general del ejército peruano* T IV, El Ejército en la independencia del Perú. Alejandro Seraylan Leiva, Volumen 3 El proceso de la guerra en la independencia del Perú campañas militares: 1781-1824. Comisión permanente de historia del ejército del Perú, Ministerio de Guerra (Lima 1984). Capítulo VI "Campañas militares durante la revolución del Cuzco: 1814-1815" pp. 1025-1082. Cuatro croquis: uno general hasta Umachiri, batalla de Huanta, contraofensiva virreinal desde Suipacha hasta Umachiri, Umachiri. Cronología pp. 1069-1077 hasta junio de 1815, deja a Muñecas en 6 de junio dice que se refugió en los Yungas hasta 1816. Se basa en una recopilación de datos documentados de los sucesos hecha por Lourdes Medina Montoya.

¹⁹ Marcel Detienne, *Comparar lo incomparable. Alegato a favor de una ciencia histórica comparada*. Barcelona: Península, 2001, pp.25, 28 y 29.

²⁰ En Bolivia, por ejemplo, ver Arturo Costa de la Torre, *Ildefonso de las Muñecas y los mártires de la república de Larecaja*. La Paz 1976; también la biografía popular de Alipio Valencia Vega, *Ildefonso de las Muñecas: el sacerdote que hizo culto de la libertad en la república de Larecaja*. La Paz: Librería Editorial Juventud, 1978.

²¹ *El Perú Borbónico 1750-1824*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000, hace una reseña biográfica de los presidentes de la Audiencia, dice que no se sabe mucho de su carrera anterior, siguiendo el *Diccionario...* de Mendiburu que efectivamente no da más datos sobre este fugaz personaje de la historia cuzqueña, lo que corrobora que la idea de que vino al Alto Perú es un error de los biógrafos de oídas argentinos.

²² Jacinto Yaben, *Biografías argentinas y sudamericanas*. Metrópolis, Buenos Aires 1939. Muñecas pp. 63-65. Confirman los datos de Yaben, Ricardo Piccinilli, Francisco Romay y Horacio Bianello, *Diccionario de Historia Argentina*, ECA, Buenos Aires 1954, p. 352 y Diego Santillán, *Gran Enciclopedia Argentina*, EDIAR, Buenos Aires 1959 p. 425. Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino, (1750- 1930)*. Buenos Aires : Editorial Elche, 1968-78, 5 V., dice que llegó a Lima con San Clemente y por salud dejó la ciudad, de paso por Cuzco fue hecho cura de la catedral fottuitamente, como ese, otros asertos de estas biografías no resisten análisis y proceden de oídas y con bastante desinformación. La entrada biográfica repite recortada la versión que de la vida de Muñecas da Carlos María Gelly y Obes. *Un Héroe tucumano. El padre Ildefonso de las Muñecas*. Buenos Aires 1951. Esta obrita tiene registrada un documento de 1812 donde Cernadas se queja al obispo por que Muñecas no lo saludó debidamente; el testimonio provino de una colección particular de un devoto de Muñecas.

-
- ²³ El hermano fue subdelegado de Larecaja y se afirma que se involucró en las sublevaciones de La Paz desde 1810.
- ²⁴ AGI, Lima 1016.
- ²⁵ AGI, Lima 1015.
- ²⁶ AGI, Lima 1016
- ²⁷ AGI, Lima 1017
- ²⁸ AGI, Lima 1016
- ²⁹ Archivo Departamental del Cuzco, Prot. Agustín Chacón y Becerra 1806-1815, N° 65, f.440, Poder de Idefonso Muñecas, 26-V-1812.
- ³⁰ AGI Lima 1017.
- ³¹ ADC, Prot. Chacón y Becerra cit. f.511.
- ³² Luis Paz, *Historia del Alto Perú hoy Bolivia*, Tomo II Guerra de la independencia. Sucre: Imprenta Bolívar, 1919. Señala documentos publicados en la Gaceta de Buenos Aires emitidos por Muñecas que sin duda tenía vínculos con los porteños.
- ³³ Ana María Bascary, *Familia y vida cotidiana. Tucumán a fines de la colonia*. Universidad Nacional de Tucumán, 1999.
- ³⁴ *Ibid.* pp.119, 170-171.
- ³⁵ Daisy Rípodas Ardanaz, “Presencia de Valentín de Foronda en el Buenos Aires finicolonial”. En: Escobedo Mansilla, Ronald, Ana de Zaballa Beascochea, Óscar Álvarez Gila (eds). *Alava y América*. Vitoria : Universidad del País Vasco, 1996. pp. 89-103.
- ³⁶ Ver entre otros: Ruiz de Azua y Martínez de Ezquercocha, Estíbaliz. *Vascongadas y América*. Madrid: Mapfre, 1992.
- ³⁷ Lo recuerda Eusebio Quiroz Paz Soldán, “Los vascos en la ciudad de Arequipa”. En: Escobedo Mansilla, Ronald (ed) *Emigración y redes sociales de los vascos en América*. Asociación Española de Americanistas. Congreso (6°. 1994. Vitoria) Vitoria : Universidad del País Vasco, 1996, pp. 385-398.
- ³⁸ René Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*. La Paz: Organización de Estados Americanos, 1979, pp. 198-200.
- ³⁹ Toda la información, que antes se encontraba dispersa en la *Revista del Archivo Histórico del Cuzco* y otras, gracias a la dedicación de las publicaciones y los intelectuales de Cuzco, está ahora reunida en tres grandes tomos documentales de la *Colección Documental de la Independencia del Perú* (CDIP), Tomo III, Vols. 6,7 y 8 a cargo de Horacio Villanueva y de Manuel Jesús Aparicio Vega. Ellos constituyen una revolución documental que ha permitido nuevas aproximaciones. Es necesario anotar sin embargo que la publicación documental, en algunos específicos casos, tiene gruesos errores de edición que deben enmendarse en futuros esfuerzos editoriales.
- ⁴⁰ Ver Humberto Vázquez-Machicado, *Manual de Historia de Bolivia*, La Emancipación y la República, en *Obras Completas*, IV, La Paz: Editorial Don Bosco, 1988, pp. 437-598. Más referencias en José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*. Transcripción, introducción e índices de Gunnar Mendoza. México: Siglo XXI, 1982. Las notas de G. Mendoza son muy ilustrativas, los datos del tambor Vargas de primera mano, curiosamente no menciona a Muñecas, pero sí los sucesos y la jefatura de Pinelo.
- ⁴¹ Rubén Vargas Ugarte, *Historia General del Perú*, T. V, p.250 y ss.
- ⁴² Según la información del libro *copiador* de correspondencia del obispo que se conserva en Biblioteca Nacional del Perú Ms. D11885, fuente descuidada y aporte de Enrique Carrión Ordóñez, “Pereira y el Perú”. En *Boletín el Instituto Riva Agüero*, 8. Lima, 1969-71, pp. 15-123.pp. 67 y ss. al conocimiento de la revolución.
- ⁴³ RAHC 3 199-200
- ⁴⁴ RAHC 6, pp. 383 y ss.
- ⁴⁵ ADC Intendencia, Criminales, Leg. 116. David Cahill, “Una visión andina: el levantamiento de Ocongate en 1815”. En *Histórica* XII, 2. Lima, 1988, pp.133-159.hace una lectura diferente del suceso, que subraya lo local como diferente y enfrentado a lo general. Es probable pero no necesario.

Un héroe fragmentado. El cura Muñecas y la historiografía andina

Resumen

La naturaleza nacional de las historiografías es una limitación a la hora de comprender realidades múltiples, que anteceden a la creación de los estados nacionales y de los discursos historiográficos que también surgen y se justifican con ellos. Una muestra de ello es la biografía de un personaje que resultó central en la historia popular de la revolución andina por la Independencia, Ildefonso de las Muñecas. De origen vasco, nacido en Tucumán, se hizo jefe revolucionario en Cuzco en 1814 y mantuvo luego alzada la provincia de Larecaja, llamada “republicueta”, por un largo año después de la derrota de la revolución, influyendo casi míticamente en el imaginario popular del altiplano por mucho tiempo después. Su lucha y su biografía no pueden ser tenidas ni por “argentina”, “boliviana” o “peruana” pues ambas rebasan la limitación impuesta por esa parcelación ideológica de la realidad. La biografía del personaje sirve para revisar la perspectiva que sobre la revolución de la independencia podemos tener en el mundo andino, discutiendo también los discursos nacionalistas.

Palabras clave: **Ildefonso de las Muñecas, Revolución del Cuzco de 1814, Independencia andina, nacionalismo, historiografías nacionales.**

Luis Miguel Glave

A fragmentary hero. Priest Muñecas and the Andean historiography

Abstract

The national nature of historiographies is a limitation when analysing the multiple realities that precede the creation of the national states and the historiographic discourses that emerge and are justified with them. A sample of this fact is the biography of a character that turned to be central in the popular history of the Andean independence revolution, Ildefonso de las Muñecas. Of Basque origin, born in Tucumán, he was a revolutionary leader in Cuzco in 1814 and kept the Province of Larecaja -called *republicueta*- risen for a long year after the defeat of the revolution. For a long time after this fact, he continued exercising an almost mythic influence on the popular representation of the *altiplano*. His struggle and his biography cannot be considered either as Argentine, Bolivian or Peruvian since both go beyond the limitation imposed by the ideological parceling of reality. His biography makes us review the perspective on the independence revolution in the Andean world, and also consider nationalistic discourses.

Key-words: Ildefonso de las Muñecas, Revolution of Cuzco in 1814, Andean Independence, Nationalism, National Historiographies.

Luis Miguel Glave